

za de toros: al que sale bien de la suerte, apoteosis; al que se resbala, naranjas y denuestos; pero el caso es que los primeros espadas no varían de una corrida á otra; con naranjazos y toques de cencerro, ó con cigarros y palmas, ellos son siempre los mismos; apostaré algo á que ni chulillos, ni mulilleros, ni monos sabios, sustituirán á *Lagartijo*, aunque lleve á ser más viejo que un palmar; y en cuanto al público de los tendidos, á ese tan pródigo de injurias, á ese que harta de "cobardes," á los diestros que tienen su cuerpo tatuado á puras cornadas... claro está que ese sí que nunca bajará á la arena. ¡Hombre, ni que decir tiene! (Lector, permíteme que mantenga el estilo á la altura del símil.)



CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL

I

Libros nuevos dignos de mención: *La Pasión*, por el P. Ollivier.—*La Vida artística*, por Luis Llanos.—*Pepinillos en vinagre*, de M. Polo y Peyrolón.—*Los Cuentos del vivac*, por Federico Urrecha.—*Los Estudios sociales*, de Labra.—*La Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América*.—*La Colección de libros escogidos*.—*Las Estafetas de los muertos*.

ESTOY siempre en deuda y rezagada en cuestión de libros, y si los meses de verano no me sacan de apuros, no sé como haré para liquidar. Deseo echar una ojeada á la literatura extranjera, pero hace tiempo que no me lo permite la española, que en lo que va de año ha cundido mucho. Por eso, de la mayor parte de las obras que se publican, tengo que contentarme con decir media docena de palabras, una especie de extracto de juicio.

Hay una clase de libros que no mete bulla, que tiene su público especial, que nace y vive á la sombra y penetra en las familias menos dadas á la lectura: me refiero á los libros de índole religiosa. Y, sin embargo, entre esos libros de que por lo regular se hace caso omiso, los hay de verdadero valor é interés, así literario como histórico.—Uno acaba de traducirse al castellano, cuya lectura me ha interesado mucho. Titúlase *La Pasión*, y es obra del dominico Padre Ollivier. El Padre Ollivier, que narra hora por hora y minuto por minuto el drama del Gólgota, no es un inspirado ni un vidente; al contrario, otorga muy mediano crédito á las revelaciones de las videntes y extáticas como Santa Brigida, la venerable de Ágreda y la madre Emmerich, á quienes cree inspiradas por el arte. El Padre Ollivier se apoya en la historia, en la arqueología, en la numismática, en las Escrituras, en los historiadores latinos y hebreos: en suma, se apoya en todos los datos que pueden ayudar á formar un es-

tudio sólido sobre la Pasión de Cristo.—Y algunas páginas de su libro—por ejemplo, la de la Crucifixión—dan frío en los huesos.

*
* *

La vida artística, de Luis de Llanos, es una nueva señal de la ductilidad y variedad de facultades de este artista, tan conocido y querido en Italia como en España. Luis de Llanos dibuja al carbón, pinta á la acuarela, al aguazo, al óleo; lo mismo improvisa la *manchita* encantadora que estudia la gran composición del tapiz ó del lienzo; al mismo tiempo es un perfecto *causeur*, instruido sin pedantería, curioso sin minuciosidad, gráfico sin pesadez, alegre sin chocarrería y fácil y gracioso sin insulsez ni repetición de chistes. Su conversación enseña, sobre todo en crítica artística, y su entusiasmo tiene una virtud comunicativa y animadora. Pues estas mismas cualidades, que forman el conjunto de una naturaleza ar-

tística exuberante y poderosa, son las que brillan en su libro. No conozco obra que más exacta y fielmente encarne á su autor. Parecíame estar oyéndole, y viendo sus donaires, y disfrutando sus serias y provechosas observaciones sobre arquitectura, pintura antigua y moderna, monumentos romanos, bellezas de Nápoles y de Asís... Creo que no puedo hacer mejor elogio del libro de Luis de Llanos, mezcla singular de novela y autobiografía, espejo y joya á la vez.

*
* *

Aunque se me enfade Valbuena, yo he leído con gusto *Pepinillos en vinagre*, de Polo y Peyrolón. Los artículos y cuentos de que se compone el libro del profesor de Valencia, á más de estar bien escritos, son entretenidos, y algunos, como *La oración de la gitana*, me han hecho reir sabrosamente. Este modesto escritor, que apenas lucha por la vida... literaria, no tiene detrás de sí á una trilogía de

provincias, como Trueba logró tener; en la sierra de Albarracín no hay regionalismo, y por eso el nombre de Polo y Peyrolón suena tan poco. No le igualo á Trueba; pero, á la verdad, no veo esa distancia tan enorme...

*
* *

Los *Cuentos del vivac*, de Federico Urrecha, son dignos de figurar al lado de la patética y dolorosa literatura militarista que en Francia representan Daudet, Coppée, Lemonnier, los autores de las *Veladas de Médan*. Nótese que en España es nueva esta nota sentimental; nuestras letras son recias y duras como el carácter castellano que en ellas ha predominado siempre, y la ternura de los *Cuentos del vivac*, que los convierte en alegato á favor de la paz perpetua, tiene mucho de nuevo y original, una emoción elegíaca, á la cual los españoles encontramos sabor femenino. Yo creo que este libro señala á Urrecha su puesto propio entre

nuestros cuentistas. Ya se lo había manifestado de palabra, y yo no tengo dos pareceres, uno verbal y otro escrito. Los *Cuentos del vivac* me parecen hermosos y muy sentidos, con finura modernista y nerviosa.

*
* *

De los *Estudios sociales* de Labra poco he de decir, pues bien doy á entender la estimación con que los he recibido al extractar parte de uno de ellos en el prólogo á *La Esclavitud femenina*, de Stuart Mill.—No menos oportuna es la publicación emprendida por un editor, que es á la vez un bibliófilo rebuscador é infatigable que se ha formado á sí propio, sin aulas, estudios ni maestros. Me refiero á la *Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América*, y en que ya figura la *Conquista del Perú*, por Xerez; el *Descubrimiento del gran río de las Amazonas*, por Acuña; el *Tratado del origen de los indios*, por Rocha, y ahora

la discutida *Historia de Colón*, escrita por su hijo D. Hernando, y otros dicen que atribuida, sin fundamento, al hijo del descubridor, aunque la opinión hoy más corriente y valedera es á favor de la completa autenticidad de tan curiosa é importante biografía, que á pesar de la natural y excusable parcialidad es un tesoro, además de estar escrita con clásica elegancia y pureza. Gran valor y arrojo supone el determinarse á reimprimir libros de esta índole. Ojalá el Centenario—en que tantas esperanzas se fundan, y que acaso las defraude, en gran parte al menos—recompense algún tanto los sacrificios del editor de la *Biblioteca americana* (que así la hubiese titulado yo, porque tengo horror á los epígrafes largos).

*
* *

Mayor importancia general ofrece la *Colección de libros escogidos*. Esta representa el movimiento literario moderno, es decir, lo más selecto, lo más renom-

brado, lo que en alas de la fama se difunde por todo país culto. Es realmente la flor y nata de las letras extranjeras lo que incluye esa *Colección*, elegida con tan delicado tino, y que, principiada no hará medio año, ya llega al tomo XXIII. Sólo el esmero con que de ella se excluye la broza literaria, las obras inferiores, explica tan rápido incremento y tal popularidad, pues en los escaparates de las librerías madrileñas no vemos los autores (algo celosos y envidiosos, francamente), más que hiladas de tomos de la afortunada *Colección*. ¡Y qué mucho, si en los países americanos donde se habla nuestra lengua todavía se venden más los autores franceses que los castellanos, y una traducción de Maupassant corre más que un libro nuevo de Pereda! La *Colección de libros escogidos* nos perjudica; pero la imparcialidad nos obliga á declarar que en ella no hay nada inferior ó mediano. Son las obras maestras de Tolstoy, de Zola, de Turguenev, de Renán, de Daudet, de Balzac, de los grandes maestros

contemporáneos... Hay que armarse de paciencia y reconocer el valor de esa Biblioteca, que pronto abarcará la *Suma literaria* de nuestro siglo.

A los aficionados á rarezas bibliográficas y singularidades médicas y literarias, les recomiendo las dos *Estafetas de los muertos*.

II

Observación á un discurso de Menéndez y Pelayo.—
Velarde y su fama póstuma.— No estoy escribiendo
ningún drama.— Porvenir del NUEVO TEATRO CRÍTICO.
— ¿Guido ó Guy? — Párrafo teatral.

No quiero que se me pase por alto (pues las afirmaciones de Menéndez y Pelayo nunca deben caer en saco roto) la que formuló al contestar á Barbieri, diciendo que un novelista, un orador, un poeta, fácilmente adquieren la notoriedad, mientras los eruditos andan postergados y olvidados. Yo creo que esta afirmación puede volverse del revés como un guante, y probaré á demostrarlo. Para que un no-

velista, un orador ó un poeta consigan la *verdadera notoriedad*, la que dura y perdura y se traduce en evidente y constante favor del público, es preciso que sus méritos sean reales y efectivos. El novelista, el orador, el poeta y también el autor dramático, tratan de asuntos en que todo el mundo pica y quiere entender y hasta poner reparos y defectos con implacable severidad. Desnudos ante la multitud, novelistas, poetas y oradores son examinados, analizados, depreciados y despreciados por cada quisque, pues, como decía el bueno de Feijóo, no hay más severo censor de un libro que el que no sabe escribir una carta. No sólo los entendidos, sino los rábulas, la baja chusma intelectual, tienen derecho á poner peros y manzanas y á publicar en las resonantes hojas periódicas todo ese fruterero. El erudito, atacado por la jauría, puede defenderse, porque como no debe afirmar sino basándose en el documento "vivo y presente", con exhibirlo le bastaría para confundir á sus detractores. Al

artista no se le concede el derecho de defensa; sería impertinente vanidad, pretensión ridícula, que su autor defendiese una obra de arte. La que sale triunfante de la prueba puede decir con orgullo: "Algo soy y algo significo realmente."

En cambio la fama del erudito, suavemente esparcida, bisbisada al oído por amigos ó colegas, va acreditándose sin discusión. Nadie, por lo regular, se toma el menor interés en ciertos puntos concretos de erudición, y el que acota uno puede estar cierto de que ya reina sin rival, á no surgir alguno tan inesperado como lo sería la aparición de un megaterio en los jardines del Retiro. Y si surge, y los dos eruditos se enzarzan, y se tiran los trastos, el público, que oye de lejos el ruido de la gresca, por rehuir el trabajo de enterarse, prefiere encogerse de hombros y decir: "¡Qué par de sabios! ¡Mire V. que se derrocha sabiduría en esa discusión!". De la novela famosa más reciente todo el mundo pensará algo, malo ó bueno; en cambio, de las últimas investigaciones

comparativas sobre las *naves caudicia-riæ* y los *myoparones*, juzgo piadosamente que nadie se atreve ni á sospechar cómo andan. Me ha sorprendido la afirmación de Menéndez y Pelayo, precisamente cuando con beneplácito general el artista que hay en él va sobreponiéndose al investigador.

*
* *

Lo que voy á añadir confirma lo dicho en los párrafos anteriores. Ahí está Velarde, un poeta que no careció de amigos, de ensalzadores; Rafael Calvo leyó sus poemas en la escena, sirviéndole de hilo para comunicarse con el alma del pueblo; las damas de alto copete le sonreían; el rey Alfonso XII sabía de memoria trozos de sus composiciones, y los recitaba; Cánovas, que es una potencia, le protegió y dió impulso; la colonia bética, que es numerosa, le endiosó; el Ateneo, nuestro primer centro intelectual, no le escatimó su benevolencia; la Academia ya tenía las puer-

tas entreabiertas para recibirle; en *La Ilustración española y americana* encontró su casa propia, según declara el mismo periódico. Fallece Velarde, y el Ateneo congrega, para honrar su memoria, á todo un Parnaso: Zorrilla, Manuel del Palacio, Ferrari, Cabestany, Fernández Shaw, y, para la oración fúnebre, Balart; y el retrato del muerto luce corona de laurel, y se llenan las tribunas... Pues con todo eso, el libre examen, el inflexible espíritu crítico del público (que los eruditos no temen), muerde ya, como el ácido en la plancha de acero, en la fría apoteosis; el entusiasmo falta hasta en los mismos oficiantes, y el mediocre poeta andaluz queda tal vez más muerto en espíritu que antes...

*
* *

¿De dónde habrán sacado los noticieros que yo estoy escribiendo un drama con destino á no sé qué teatro?

Supongo que del hecho de que asistí á

dos ó tres ensayos de *Realidad* en la Comedia. Y como no he de andar molestando continuamente á los diarios con rectificaciones, he dejado correr la bola y decir chistes sobre el asunto, y he agradecido los buenos augurios y las palabras animadoras. La verdad es que soy cobarde para eso de las tablas y las candilejas, y que precisamente la resolución de Galdós de hacer teatro será parte á que yo reflexione mucho más de lo que siempre reflexionaría antes de lanzarme á empresa tal. Hoy menos que nunca—hasta por falta de tiempo—puedo yo pensar en semejantes aventuras.

*
* *

Otra rectificación dedicada á los bondadosos lectores del TEATRO CRÍTICO, que han tenido la galantería de alarmarse porque algún diario anunció la próxima desaparición de esta Revista que están Vds. leyendo.—El TEATRO CRÍTICO saldrá sin interrupción alguna (á no enfermarme

yo de cuidado) hasta el número de Diciembre del presente año de 1892.—En verano, lejos de retrasarse, se adelantará, á fin de que yo pueda tomar mis aguas y reposar un poco. Lo más probable es que en Enero de 1893 la publicación continúe, con la modificación siguiente: en vez de doce números al año, daré seis, algo más nutridos, correspondientes á los meses de Enero, Febrero, Marzo, Abril, Noviembre y Diciembre, únicos en que hay en nuestra patria movimiento literario y teatral. Tendrá este arreglo, para mí, la ventaja de dejarme medio año libre, pues con el sistema actual me encuentro demasiado sujeta á una labor, no extensa, pero periódica, y por periódica, abrumadora; y para el subscriptor, la de que, aun cuando aumente lectura á los cuadernos, la subscripción le costará más barata... y leerá menos prosa mía. Ya sé que mis bien educados lectores protestarán contra esto último... Muchas gracias.

*
* *

¿Por qué le sonará mal á Mariano de Cavia el que se diga y escriba *Guido* de Maupassant, en vez de *Guy*? ¿No se ha dicho siempre *Guido* de Lusignan, *Guido* Reni? Pues, ¿á qué tenemos de pronunciar ahora ese *Guy*, que parece un gipío de cante flamenco?

¿No reza la Gramática de la lengua castellana, por la Real Academia Española, que es barbarismo "escribir y pronunciar como en el idioma á que pertenecen, voces que ya se han castellanizado, como *Bordeaux* por *Burdeos*, *London* por *Londres*, etc.?", Pues siempre se ha dicho *Guido* por *Guy* en castellano, y yo no tengo ni el mérito de una innovación racional y cómoda para la laringe.

*
* *

Pensaba hablar largamente, en esta crónica, de la reaparición de *Las vengadoras*; pero á última hora me dicen de la imprenta que ya no cabe más que un párrafo, y en un párrafo tampoco tiene cabida lo mucho bueno que pienso del

drama de Sellés. Para poca salud más vale ninguna, es decir, en este número. En el de Junio pienso incluir una revista dramática donde explique cómo, por qué y hasta qué punto apruebo *Las vengadoras*; revista que será una ojeada retrospectiva al movimiento dramático de esta azarosa temporada. Los meses de verano son propios para este balance ó inventario de ganancias y pérdidas, y sobre todo para darse cuenta de las leyes que anuncian para lo venidero los fenómenos observados ya, y cuya significación no se ve clara todavía.

—o—o—o—o—o—o—